



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ESCRITORES

JUAN VALERA



Lit. de Bravo. Deseñado 14 y Madera 8 Madrid.

Escritor fino y correcto.
buen novelista y buen crítico.
no tiene mas que un defecto
el de ser hombre político

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Pudores de teatro, por Eduardo Basullo.—Desventura interior, por Sinisio Delgado.—Los extranjeros, por Manuel Matos.—Recuerdos, por Eduardo de Palacio.—¡Otro talla!, por Manuel Soriano.—Las taurófilas, por Enrique Sepúlveda.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Juan Valera.—En la Castellana.—Antigüedades, por Cilla.



La prohibición del drama de Zapata *La Piedad de una reina*, trae revueltos los círculos literarios.

No han faltado acaloradas discusiones dentro y fuera de la Representación nacional, y han llegado á las manos algunos caballeros de genio vivo.

Zapata es objeto de todas las atenciones y de todos los elogios. Un socio del Círculo le lleva aparte y le abraza en un rincón, ofreciéndole la sangre de las venas; otro le besa en la frente y le invita á tomar café; otro aplaude públicamente la gentileza del poeta, como vate y como persona natural, y todos se sienten heridos en lo más hondo.

Hay quien no conocía á Zapata y hoy le tutea y le echa la mano por el hombro, diciendo con efusión:

—Yo á éste, le quiero como á un hijo. Ya lo sabe él. Cuando supe que le habían prohibido la obra, perdí las ganas de comer y se me puso un nudo en la garganta, que á poco más me ahoga. Ahora estoy tomando unas píldoras reconstituyentes para ver si me repongo.

Ello es, que en la presente ocasión, los escritores han demostrado que no son indiferentes á las contrariedades sufridas por un compañero. Zapata ha recibido pruebas inequívocas del cariño y la consideración que á todos inspira...

A todos, precisamente, no; pero vamos al decir.

**

Y á todo esto, el Carnaval termina mañana.

Nos alegramos por la juventud alocada y pecaminosa que iba ya perdiendo carnes y experimentando los terribles efectos de la orgía y de la careta de cartón.

Nada tan perjudicial para los físicos agradecidos como la careta; hay joven que se ha visto en la necesidad de sumergir el rostro en una disolución de potasa, á fin de poder despegar los fragmentos del Carnaval que se le habían adherido á la epidermis.

El estropajo ha hecho también su oficio y más de una madre cariñosa ha tenido que cojer al hijo de su corazón y someterle á la colada, porque algunas caras se habían convertido en peras de invierno, llenas de bultos y estribaciones.

Ahora comenzará la época de la reflexión y del arrepentimiento. Los pecados cometidos durante el Carnaval se purgan al fin y al cabo no hay quien resista el peso de la conciencia.

—¡Dios mío!—exclama más de un chico ex-pecador y religioso de suyo.—¡Qué infame he sido! Yo asistí al baile con fines malévolos; comí chuleta con patatas, bebí vino, falté de palabra á un bastonero y le tiré un pellizco en un brazo á una máscara que resultó ser planchadora y soltera... ¡Qué haría yo para borrar estos recuerdos que me consumen!

Los depravados—que hay muchos desgraciadamente,—continúan persiguiendo el placer, aun después de haber entrado en la Cuaresma.

El viernes dejaron de comer de vigilia doce ó trece infames, sin pizca de religión ni de nada.

Sabemos de alguno que además se fué á Eslava, donde

exhiben pantorrillas más ó menos auténticas las chicas del coro.

¡El colmo del desenfreno y de la falta de abstinencia!...

**

Las vanidades del mundo nos llevan al infierno de cabeza.

Se ha averiguado que el traje es causa de condenación muchas veces; pero los elegantes no quieren fijarse en este punto esencial, y andan por ahí con pantalones inverosímiles y cazadoras impías.

Esto de la elegancia vuelve loca á mucha gente. Hemos visto á muchos caballeros que discutían calurosamente y llegaban á cambiar entre sí tarjetas de desafío.

Vistos por fuera parecían personas formales, con su correspondiente sentido común y su despejo natural, y nos acercamos á conocer la causa de la disputa.

—¡Decir que no se lleva la corbata de nudo!—gritaba uno de ellos.

—Se lleva el lazo hecho—contestaba otro.

—Con las puntas caídas sobre la solapa, á manera de sauce llorón—añadía un tercero.

—¿Qué se puede esperar de un hombre que usa traje de pintas?

—Porque las pintas son muy elegantes, y favorecen mucho.

—El *chaqué* cerrado es síntoma de desconocimiento y de falta de energía.

—Acusa, por de pronto, tendencias vulgares en el individuo.

—El que falte á los *chaqués* cerrados, me falta á mí.

—Es V. un cursi.

—Y V. un *bourgeois*.

—Y V. una mona, sin educación y sin gusto indumentario.

¿Qué más?

Sobre el cadáver de un suicida, que apareció días pasados junto al obelisco de la Castellana, la autoridad encontró la siguiente declaración:

«Me mato, porque no puedo soportar la existencia, después de haber sabido que vuelven á estar de moda los pantalones anchos.»

**

El sol brilla en el cenit, y los paseos están animadísimos todas las tardes.

A la Castellana asisten las familias que tienen buena ropa. Los que no disfrutan esta ventaja, apelan á la benedictina, y consiguen colocar las levitas á la altura de las primeras de la corte, salvo el olor.

Hemos notado que las damas exhiben sombreros parecidos á los ramilletes de las confiterías.

Pase, si la dama es joven, pero también las características usan esos morriones floridos, y no creemos que la respetabilidad sea compatible con ciertos caprichos de la moda.

Días pasados vimos en Recoletos á una señora, viuda de un presidente de sala, que se había puesto en la cabeza una palangana forrada de terciopelo y llena de pájaros.

—¿Cómo va, D.^a Aquilina?—le preguntó un amigo.

—Agobiada por los recuerdos—contestó.—No pasa día sin que me acuerde de mi Fabriciano. No consigo quitar de encima este peso...

—Es natural—dijo el otro.—¿Como que lleva V. encima el retablo de Semana Santa.

**

El distinguido escritor D. José María Matheu acaba de publicar un libro titulado *Un rincón del Paraíso*, que es un cuadro de costumbres aragonesas, escrito con la corrección que campea en todas las obras de este literato.

La gente de buen gusto verá que no son exagerados mis elogios, cuando saboree la prosa selecta del Sr. Matheu.

Y con esto no canso más.

LUIS TABOADA.



PUDORES DE TEATRO

Se alza el telón; brilla el genio
que siempre escucha el aplauso;
retosa su humor, y brota
franca risa de los labios;
fuge el sentimiento en frases
que habla el corazón humano,
y sorprende en bellos ojos
las ricas perlas del llanto.

Denuncia luego el poeta
las pasiones de los malos,
y en las figuras que pinta
ve la malicia retratos;
el vicio social combate
frente al vicioso irritado;
cada escena es una sátira,
cada palabra es un cáustico.

Allí se denuncia el crimen
que, inmune, compra palacios,
la estufa que se cotiza,
la fe que se vende a plazos;
la deshonra con honores,
el honor exonerado,

sobre el talento la intriga,
a los pies del pillo el santo.

El cofor vivo, tremendas
las realidades del cuadro,
ante el lienzo el juez herido,
el poeta tras el marco.

Siente allí las convulsiones
del monstruo, a quien duele el dardo,
y que apoya en la inocencia
sus títulos de jurado.

La inocencia siente y calla,
sin salir de su recato,
sin que haya frase atrevida
que hiera su oído casto.

Pero gritan en su nombre
los que aún encuentran más llano
que escucharla con protestas,
avergonzarla con actos.

Y el poeta, por su arrojo,
se ve, al fin, tan maltratado,
que aun quien por señor le tuvo
quiere herirle como a esclavo;
que pretenden ser ahora,
hasta eunucos de serrallo,
capataces de un ingenio
que no se cultiva á brazo.

Frutos por ellos produce
que tienen un dejo amargo
para el que arrastra cadena
y siente crujió el látigo.

Para el que el pudor defiende
y, del mundo con escándalo,
compra el amor para el gusto
y le vende para el gasto;

para el que justicia torpe
consiente en sociales tratos,
gala haciendo de osadía
de sus triunfos en el carro.

Esos los intransigentes,
los moralistas, los bravos
que arman su propia impudencia
con pudores de teatro.

EDUARDO BUSTILLO.

DESVENTURA INTERIOR

Tengo allá dentro una pena.
¡Jesús qué pena, Dios mío!
Hoy me ha dicho mi morena,
que es muy buena,
que me encuentra un poco frío
y de todo aquel amor
que la juré entusiasmado
han pasado

la energía y el calor.
Será verdad, de seguro,
yo nunca en barras me paro
ni me fiyo en lo que juro
y resulta á lo mejor
¡está claro!

que soy un pillo, un traidor,
y que lo soy con descaro,
que es peor.

No niego, pues, que mi niña
con justa razón me riña;
y, sin embargo, confieso
que yo tengo mucha pena
y es por eso

que me ha dicho mi morena!
No vale buscar salidas.
disculpas ni paliativos;
yo he perdido los estribos
y me expongo á estas caídas.

Cuando ella dice y se queja
de mi frialdad notoria,
será verdad esta historia,
que, al fin y al cabo, es afeja,
puesto que en cien ocasiones
parecidas,

me han resultado fallidas
esperanzas é ilusiones.

Me he declarado de hinojos
lo menos cincuenta veces,
cantando los negros ojos,
los labios frescos y rojos,
y diciendo mil sandeces,
y jurando amor eterno,

¡para qué
para echar después al cuerno
mis promesas y mi fe.

No porque yo sea infame
y diga lo que no siento,
¡no señor!

aunque alguna me lo llame,
será por resentimiento,
ó por despecho, ó rencor.

Porque cuando me enamoro,
me enamoro de verdad,

y es mi chica mi tesoro,
y si juro que la adoro,
no juro una vanidad.

Pero, por desgracia mía,
en cuanto se pasa un mes
la mente se me extravía,
y aquella lava se enfría,
y queda todo al revés.

¡Qué demonio!
Está ya visto que el cielo
no me llama al matrimonio,
lo cual es un desconsuelo.

Y ¿qué culpa tengo yo
de que me arrastre mi sino?
Me casaría... si no
me cansara en el camino.

Pero empiezo con tal fuego,
que por la ley natural,
viene luego

la calma, el frío gracioso
y tras el frío el despego.

Gradación de causa ignota
que yo, que tomo á chacota
la pasión, y no soy voto,
no la noto;

es *ella* la que la nota.
¡Y siempre sucede así!
¡Todas de falso me tachan!
Todas se quejan de mí,
y en seguida me despachan
con una rabia hasta allí.

Ved si con esta experiencia
que me pesa en la conciencia
como una losa de plomo,
no exagero si me tomo
la licencia

de llorar como un bendito
(por allá dentro, se entiende),
por el disgusto infinito
de mi niña, que pretende
que ya no me importa un pito.

¡Ella no importarme! ¡Oh, Dios!
¡Y hace una semana ó dos
me embriagaba con su aliento,
gozaba con sus hechizos,
y en mi dulce arrobamiento
tenía celos del viento

que besa, al pasar, sus rizos!

¿Será desgracia ó fortuna
que me cansé de querer
y que no encuentre ninguna

que pueda llegar á ser
mi mujer?
Lo cierto es que mi morena
me ha causado mucha pena
con haber notado el tedio,
de que el alma tengo llena
(sin remedio)

Ayer, ardiente y rendido,
y hoy frío como un pedazo
de témpano endurecido...
¿Seré yo picarrazo
sin haberlo conocido?

SINISTRO DELGADO.

LOS EXTRANJEROS

Si poco á poco he de ir confesando á ustedes mis debilidades,
quiero comenzar hoy por decirles que tengo una decidida afición á los extranjeros.

Yo en esto llevo mi poquito de intención.

Cuando le ven á uno por la calle acompañando á un extranjero se le quedan á tino mirando algunos amigos y diciendo para sí: «¡Si tendrá talento este hombre, que va acompañado de un francés!»

En efecto, nadie se ocupa de averiguar si es usted el que ha buscado al extranjero, ó si éste el que le ha buscado á usted.

Lo natural es creer que el francés ha venido á conocerle á usted, como se va á Roma á conocer al Papa, y claro está que el que cree que han venido á conocerle á usted supone que muchos deben ser sus merecimientos cuando hasta de luengas tierras han venido á visitarle.

De los extranjeros todos, prefiero el francés á los demás, y diré en qué me fundo.

Primeramente, ir acompañando á un ciudadano de Portugal, es casi lo mismo que ir acompañando á un español, no sólo porque un vecino tan vecino como lo son nuestros los portugueses, casi puede considerarse como de la familia, sino porque el portugués y el gallego se diferencian tan poco, que antes creará la gente que va usted con un maruso que con un extranjero.

Los rusos y los alemanes no han sido aquí jamás considerados como gente extraña, sino como personas que se han propuesto burlarse de la humanidad.

¿A quién le hace usted creer que hay un idioma en el que la mayor parte de las palabras terminan en *off*? ¡A nadie!

Siempre me acordaré de un andaluz que oyendo hablar á un ruso decía:

—Too ezo que usted oye de panchicof y minchicof, too ezo ez jonjana, guaza verde, y ná má.

¡Como si *jonjana* y *guaza verde* fueran palabras de algún idioma!

No hay que decirlo á broma que toma la gente el oír hablar á un alemán.

—Hable usted en cristiano—dicen unos.

—Vamos, hombre, diga usted las cosas con claridad—exclaman varios.

—Vaya usted á burlarse de la madre que le parió—interrumpen muchos.

—Apenas tiene ganas de broma este tío—contestan otros.

Un alemán es, por lo tanto, para la generalidad de las personas, un bromista de primera clase, que viene á quedarse con nosotros.

¿Qué diré del inglés?

Al inglés le han desnaturalizado aquí las comedias y los sainetes.

¿A quién hace usted creer que es inglés un hombre que no se parece en nada al actor cómico á quien usted ha visto representar nuestro repertorio dramático contemporáneo? ¿No tiene patillas de color de fideo, no usa la gorra de forma de barquichuelo, no lleva una bufanda descomunal atravesada en el cuerpo como banda de general, no usa lente de un solo cristal? Pues entonces no es tal inglés.

Los ingleses auténticos deben tener esos rasgos característicos, ir comiendo naranjas por la calle, llevar un libro en la mano (la pícaro Biblia ó la vituperable guía del viajero) y decir las cosas con concordancias vizcaínas.

Un inglés que no hablara más que el inglés, no podría pasar aquí por tal. Sería preciso oírle decir *corasonamiento* en vez de «corazón», *mi estar satisfecha* en vez de «estoy satisfecho»... todo lo más que le permiten decir, es el consabido *Yes*. Los que dicen *Very Well* (*Veriguel*, como dicen los sabios), esos ya son ingleses falsificados.

En vista, pues, de estas razones, y considerando además que para un español legítimo, todo aquel á quien no entiende bien lo que dice le habla en griego, y por lo tanto, es *franchute*, me he decidido por los franceses.

Un francés es una ganga para un español que quiere darse importancia con sus conciudadanos.

Porque la mayor parte de los franceses tienen la pretensión

EN LA CASTELLANA



—Participo á VV. que el lunes salgo destinado á Lugo.
—¿Sí, eh? Lo siento... por las *Lugareñas*



Todo el mundo lo desea
y no puede averiguar
por qué este señor pasea
con las botas de montar.

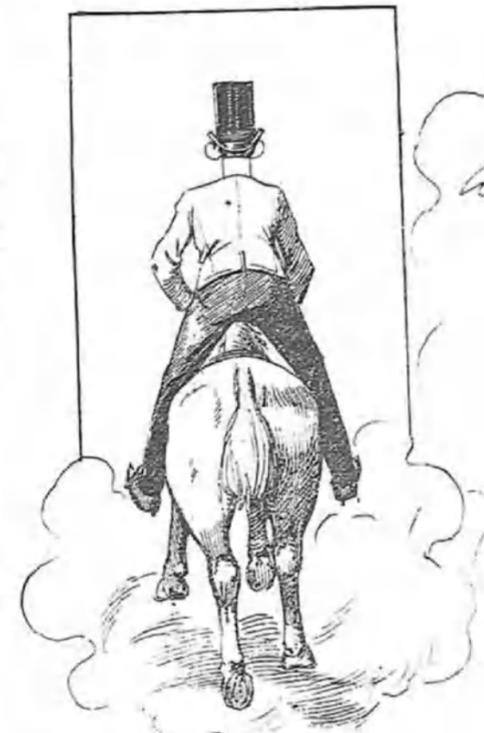


El elemento indispensable.

Esto es para que se vea
que tiene razón el pueblo:
«En la calle mucho rumbo
y en la plaza mucho miedo.»



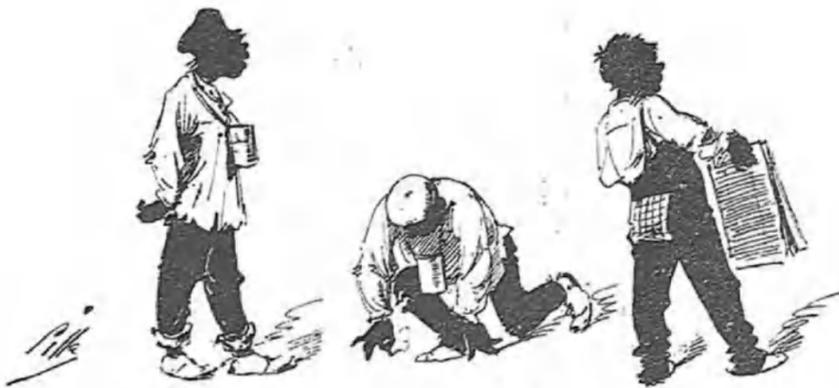
Este chico tiene diez y seis años y ya sabe que el ma-
crimonio es una tontería.



Todos vemos la gracia
de sus piruetas,
pero él se rasca solo
las agujetas.



Las aves de este paraíso



Sociedad anónima que ha tomado el arriendo del tabaco
en el presente año económico

de que su idioma es el destinado a realizar el sueño dorado del idioma universal. Saben que la lengua francesa es la lengua oficial de muchas casas comerciales, creen que todo el mundo tiene la obligación de saberla, y á todo el mundo someten á la prueba, hablándoles en el idioma suyo.

Yo conocí á un francés, que tan pagado estaba de esta opinión, que llevaba veintidos años en España, y aún no sabía una palabra de castellano, esperando á que un día ú otro se declarara lengua oficial la francesa.

Además de esto, los franceses accionan mucho, manotean, se detienen cada cuatro pasos cuando van por la calle hablando con usted, recalcan la frase, fuerzan las consonantes, se escuchan lo que dicen, y á la conversación más insignificante le dan una importancia tal, que el que va por la misma acera no puede menos de decir:

—Pues, señor, esta gente lleva un gran negocio entre manos.

Si al propio tiempo pasa un amigo y le saluda usted en castellano é inmediatamente, sin esperar á que haya transcurrido un segundo, suelta V. una palabreja francesa, como *monsié á alon*, ó cosa parecida, el éxito es completo, y las gentes hacen la siguiente consideración:

—Cuando el francés habla en francés, es que no sabe hablar de otro modo; cuando el que le acompaña dice á un mismo tiempo casi: «Abur, amigo» y «Alon, don. monsié», es que sabe hablar de dos maneras: luego es un español ilustrado; luego los españoles son ilustrados; luego la España es un país que... ¡á mí no me digan!

¡Y qué fácil es hablar alguna cosilla en francés! ¿Quién no sabe que, en francés, el pan es *le pain*, el vino, *le couleau*, y así todo lo demás? ¿Quién no ha traducido 300 ó 400 veces la primera página del Telémaco? *Calypso*, Calipso, —*ne pouvait*, no podía, —*se consoler*, se consolar —*de la partie*, de la partida — *de Ulysses*, de Ulises... ¡pues si es más fácil que sorberse un huevo!

Aparte de que hay varias estratagemas.

Puede aprovecharse la ocasión de que se acerque un transeunte para decir: «*Tré bien, pero bu devez considerer...*» lo cual á nada compromete porque, si bien se mira, ni es francés, ni Cristo que lo fundó.

Otra cosa puede hacerse, que es decir á todo que sí con la cabeza y que *ni* con la boca, con lo cual no hay quien no lo considere á uno francés por aproximación.

Repito que á mí se me hace la boca agua cada vez que encuentro un francés con quien charlar un rato en medio de la calle.

¡Consideren ustedes la alegría que tendré con uno que se me ha presentado ayer con carta de recomendación, diciéndome que viene comisionado por un periódico parisiense para contar los faroles que hay en Madrid.

¡Como voy á divertirme!

Porque... ¡mire usted que aquí hay faroles en abundancia!

MANUEL MATOSES.

RECUERDOS

Verdad es que de estos días he escapado casi muerto, que he malgastado, es muy cierto que habré hecho mil tonterías.

¿Pero quién puede negar que también me he divertido? He bromeado, he corrido... necesito descansar.

Mi natural dulce y manso necesita algún recreo... como después del jaleo es necesario el descanso.

No hay hombre tan animal que á la *juerga* se resista: he sacado una conquista de un baile de Carnaval.

Una belleza algo roma, pero guapa, distinguida; mujer que no se convida, vamos, ni pide ni toma.

Chica de familia honrada, y sin familia y soltera, y que cose para fuera por no estar desocupada.

Chica de penetración que á mí genio se acomoda,

y que cuando habla de boda es sin segunda intención.

Esto reduce, consuela y oírlo me congratula: iba vestida de chula cuando la ví en la Zarzuela.

Acababa de llegar cuando en ella me fijé; y en seguida la saqué, vamos, la saqué á bailar.

¡Qué bailar! ¡me volví loco! ligereza, gracia suma... aquello no es una pluma, un plumero, y digo poco.

(Pues y cantar) ¡cómo canta por lo basto y por lo fino! si parece, en cada trino, que se enjuga la garganta.

Bailamos sin descansar; yo tengo estilo... danzante... Me dijo: —Espera un instante, que me voy á retocar.

En el tocador entré yo la esperé y... no la ví; busqué el reloj y... ¡ay de mí! tampoco encontré el reloj.

EDUARDO DE PALACIO.

¡OTRO TALLA!

Pensé declarar á un día mi pasión firme y constante; pero, al ver que usted se hacía demasiado interesante, y que buscaba en su mente la manera de premiar del modo más incluyente mi cariño singular, dije: ¡otro talla! y en posta me alejé por esta vía, ¡porque lo que es á mi costa no quiero que usted se rial!

A mi ingenio no escapó que usted pensó en el momento, á big justame con un no más grande que el finamiento; mas tuvo usted el poco tacto de hacerme comprender, y por eso, yo, en el acto, hice lo que debí hacer.

A veces, por un capricho, hacia su calle me fui; ¡que cosas habrá usted dicho al verme andar por allí! Comprendo que el caso obliga, y á veces hasta recrea; ¡y más si una buena amiga nos ayuda en la tarea! Entonces, la discusión toma giro diferente, y se pasa en el balcón el tiempo admirablemente; pues con la mejor idea se dedican tales ratos á aplicar al que pasea epítetos nada gratos.

—¿Ves aquí? Pues me *hace el ojo*.
—¡Ja, ja! ¿Qué tipo más feo! (a)
—No es feo, no; es burrosísimo.
—¿No le cantara el paseo?
—Pues ya hace rato que está paseándose por allí.
—Al mío se aburrirá.
—Y cómo se fija en sí?
—Pierde el tiempo.

—¿Le rechaza?
—Si llega á hacerme el amor, le doy unas calabazas de las de marca mayor.
—¿Cómo mira!

—Majaderol
—Mas yo no sé lo que te peral!
—Repáral! lleva un sombrero que parece una superá.
—Y hasta suere los tacones.
—Debe ser hombre vahnente.
—¡Mira que los pantalones!...
Y así sucesivamente.

Tan juego como ese ataque tan gracioso ha comenzado, no hay quien de entre ustedes saque el pellejo bien librado.

En fin, baste con lo dicho, que ratifico gustoso. Perdóneme usted el capricho que tuve de *hacarla el uso*, y no me guarde rencor por todas estas crueldades, y mande á su servidor Teodoro Rompe-Cabezas

Por desconfianza,
MANUEL BORTANO.

LAS TAURÓFILAS

¿Van á los toros por amor al arte ó por respeto á la tradición, por el afán de ser vistas y aplaudidas, ó porque hierve en el fondo del eterno femenino el *quid divinum* de la sangre torera?

De todo hay en la viña y en la Plaza. Si fuéramos á analizar apetitos femeniles, por el orden psicológico hallaríamos que la causa generatriz, predominante, el impulso que mueve á la mujer española, singularmente á la madrileña, á volar presurosa, rompiendo vestidos, á una corrida de toros, es la pasión del espectáculo, la necesidad de dejarse ver prendida con rosas y claveles, la tentación irresistible de la mantilla blanca con peineta de teja, la codicia no confesada, pero sentida, del requiebro popular, ardiente, irresistible, que sale de todos los labios al ver dentro del Circo una barbiana de clase, replegando el abanico pericón y echando al espada una petaca de habanos.

Esa espléndida ovación de sombreros y gritos, y á veces de naranjas, sólo se presencia en la Plaza de Toros. En ella, el triunfo de la mujer es completo y definitivo, porque sólo dentro del Circo pueden apreciarse todos los encantos, sólo allí puede permitirse una dama lucir con desenfado púdico el garbo nativo y esgrimirlo y explotarlo en derredor, haciendo víctimas, con la bendita gracia arrebatadora de las manolas de Romero y las duquesas de Pepe Hillo.

Solo en la Plaza puede otr una mujer distinguida, sin sonrojarse, el supremo piropo de los *aficionados* de tanda:

—¡Olé, salero! ¡Viva lo bueno!

Y por otr esta salutación ingenua, más franca y expresiva que el galanteo rancio de los salones, por atraer en el tránsito las miradas de los que van escaramados en la imperial de los omnibus, por subir recitándose aquella escalera pecadora y removidada que hay á la vera del tendido núm. 1, es capaz una madrileña bien nacida de abandonarlo todo, hasta el pensil del Parque, hasta el atavío de trapitos que la visten de dama, hasta los pergaminos de raza, hasta la salud del cuerpo, puesto que si el caso aprieta y la entrada es grande, es capaz de presenciar la corrida desde un palco de sol con toldo embetunado de tabardillos.

Será una debilidad, pero confieso que es preciso no ser espa-

¡Fijas en el orquesteo,
ignoran las poleritas

que más vale un hombre feo
que diez mujeres bonitas.

Del libro: *La vida en Madrid*, próximo á publicarse, con grabados de Comba y Saut.

ñol para mirar sin entusiasmo el desfile apresurado de tantas niñas bonitas encaramadas en *breaks* con cascabeles, en *landeaux* á la calesera, y en vitorias á la andaluza. Desde la Puerta del Sol hasta la Plaza de Toros, el cuadro es agitado en va y ven pintoresco y alegre, casi turbulento, pues á veces parece un escape de atílopes. Desde los coches juegan las mantillas y abanicos, verónicas y navarras, y si alguna salerosa de vestido corto enseña con misterio el zapato de galgas al subir ó bajar del carruaje aristocrático, el *recurso* resulta tan magistral que se aplaude voceando con palmas y vivas.

¡Cómo se han de privar de estas emociones sustancialmente patrióticas, las empujadas damas del Real! Esto no puede ser. Sería exigir demasiado. Bastante contritas salen de la penitencia de los saraos, y es justo que al llegar con las corridas la Pascua florida, sientan en sus pechos flameantes el grito de la naturaleza, que pide expansión, y libertad, y amor universal.

Hay algunas encopetadas celebridades de gaceta, muy difíciles de gusto ó esclavas de la etiqueta, que nunca se dejan ver en la Plaza de Toros, ni se ponen jamás la mantilla de reglamento. Estas tales, prefieren las *toilettes* atrevidas, exóticas, de las carreras de caballos y los *sauviche* con Champagne, al apresto seductor, en contornos, de nuestra maja, oliendo a rosas y comiendo naranjas. Aquella madrileña imposible, tiene que hacer un derroche de coquetterías finas para obtener una sonrisa; á ésta le basta ponerse de pie en el palco ó en el carruaje para esclavizar á todas con su bello porte, y aunque digan las otras, por envidia, que resulta *ordinario*, nosotros diremos que la gracia de Dios es la torera, porque recibe la sal del mismísimo cielo. Se la dieron en la pila y la conservarán hasta morir, pese á quien pese.

La chula de cartel, bautizada en San Cayetano, aunque sea una real moza y se ponga en jarras en el tendido para pedir otro toro, no priva en el ánimo de los espectadores tanto como ella quiere. Se la ve con gusto, se la aplaude cuando echa un discurso con cáireles y pataditas y contoneos, y se la llama *¡Chiquilla!*

En cambio la aristócrata de palco, que ya ha merecido el homenaje de una moña ó dos, y que acaba de recibir otro con el brindis de un toro, es tanto lo que se remueve en el asiento, tan grande el interés con que sigue los incidentes de la lidia, que el público no la pierde de vista y se interesa con ella en términos de que, cuando el espada limpiando y enderezando el acero viene con estoque y muleta á hacer pleitesía galante á la belleza de su madrina y de su reina, un aplauso general, unánime, gigantesco se levanta de gradas y tendidos, de las sobrepuestas, de la meseta y hasta de los burladeros, aclamando á la presidenta de ojos negros y mantilla blanca, á la que, premiando al matador con el obsequio de rúbrica y su mejor sonrisa, acaba de destruir á todas las chulas habientes, á todas las corinas de cucurucho, á todas las que murmuran y critican y á las desaboridas de salón, hastas de desengaños, mediante que los novios no pican á la primera, y si pican suelen *dormirse en la suerte* para no entregarse en la Vicaría de una buena recibiendo.

La alegría pintada en todos los semblantes; el regocijo que produce espasmos de satisfacción; el cielo azul y transparente; la *brega* llena de sustos imprevistos aunque no ignorados... convengamos en que hay motivos para picar el anzuelo.

Yo, apesar de todo, no aplaudo la afición del sexo, pero me deleita el contraste del tipo supradicho, y cedo á la magia del boceto, al atractivo de la Petrimetra de Goya, de la española de casta, á quien la fiesta nacional rescuita y exhibe en la Plaza de Toros todas las tardes de corrida.

E. SEPÚLVEDA.



La hija de Miracielos, una interesante novela de D. Federico Urrecha, en que el autor hace gala de un estilo brillante y originalísimo, y *La guerra del aborcedo*, tradición segoviana, donde ha derrochado su reconocido ingenio y poderosas facultades descriptivas D. Angel Rodríguez Chaves, son dos obras dignas de figurar en la biblioteca de todo el que quiera seguir el movimiento literario de la época. Ambas se han publicado reunidas en un tomo.

El cielo alegre es una colección de escenas y tipos andaluces

descritas y caracterizados de mano maestra, por D. Salvador Rueda. Se respira la brisa del Mediodía, se goza con aquella variedad pintoresca de colores brillantes, se vive, en fin, bajo el cielo de la clásica tierra de la sandunga.

¡Olé, Sr. Rueda!



Va rico coco comiendo
á escape Pepe Pereda;
le atrapa papá Patricio
y brama mamá Mamerta.



Ya saldrán VV. que unos cuantos autores prohibieron la representación de sus obras en la noche del viernes en son de protesta por la prohibición de *La piedad de una reina*.

Pues bien; el viernes hubo función en todos los teatros de Madrid.

Con lo cual se ha demostrado nuestra influencia poderosa y... el respeto que merecemos de las empresas.



A Pepito Percalina
le dieron dos bofetadas,
yo no sé si en la Zarzuela
ó en el Real ó en la Alhambra;
ello es que tiene hoy el rostro
lo mismo que una ensaimada.
Y grita: ¡Buen carnaval!
Me he divertido de ganas,
Y al decir esto, se lleva
las dos manos á la cara.
Hay chicos que se divierten
aun rompiéndoles el alma.



—¡Pero, hombre! ¿Cómo escribes á precios tan reducidos? Dices que cobras dos pesetas por cada artículo.

—No lo creas.

—Ya me parecía á mí.

—No consigo que me los pague nunca el editor.



De un periódico de noticias:

«Ayer fué detenido un borracho que trataba de realizar un acto vandálico. Asido al caño de una fuente de vecindad, quería romperlo.

—¿Qué daño le ha hecho á V. la fuente?—le preguntó un inspector.

—Tengo resentimientos particulares con el agua—contestó el detenido.—No trate V. de investigar mis pensamientos íntimos.



—¿Qué opina V. de la prohibición de *La piedad de una Reina*?—preguntamos á uno de la mayoría.

—Estoy con un pie en el campo literario; con otro en el político; con otro...

—¡Soo!—dijimos nosotros.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Caballero de Gracia.—Eso de los padres irritados que pegan felpas, se ha dicho ya en todos los tonos.

Panorama.—Port-Bou.—Hay en el mundo una cosa que se llama metrificación y... hay que estudiarla para hacer versos.

Srta. D.^a J. G.—Joven, alto, con lentes, casado y con un chiquitín. Esta es la parte más lastimosa.

Sr. D. A. P.—Madrid.—También lo de la metrificación reza con los endecasílabos.

J. Cádiz.—Le llega á V. la imbecilidad hasta la médula de los huesos; es decir, que está V. saturado de imbecilidad.

Catarrones.—¡Vaya una manera de felicitar á una! (Con versos malos) *Un penitente*.—Supongo que estará V. haciendo penitencia por lo de la poesía ¿eh?

Tarifa especial.—Insiste V. en no medir los versos.

El que da siete golpes.—Déselos V. en el pecho, en señal de contrición, y le será perdonado el pecado.

Sr. D. J. M.—Escorial.—No las merece. No hay más aprovechables.

Magnífico.—Entrará en turno cuando mande V. la firma.

Sr. D. R. P.—Castellar.—Llama V. á las palmeras hechiceras;

¡Y luego se incomodan las palmeras!

Sr. D. R. del V.—Zamora.—Lo mejor es que remita V. el importe en libranza; á diez pesetas como encuadernado y ocho sin encuadernar.

México.—De qué? ¡Ah, sí! De la manía de hacer copias detestables. Reciba V. el testimonio de mi compasión más distinguida.

Repito que no se puede contar á todo el mundo. Yo bien quisiera, pero...



Fué primero joven, después teniente de carabineros y ahora vive en la calle de la Cava baja, número no sé cuántos. El caso es que la criada no le puede aguantar, porque tiene un genio de todos los demonios.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y PORSÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2. segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar.....	20 pesetas
Encuadernado en tela.....	25
Cartulinas sueltas (cada una)...	0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librerías y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.